

¡QUÉ BIEN ESTAMOS!

Juan Carlos MARTÍNEZ y Ana URDIALES

Dado que formamos una familia numerosa de Cartagena, España, el año 2020 fue una oportunidad estupenda, porque “gracias” a la pandemia de Covid, al obligado confinamiento y a las restricciones de horario en las calles, pudimos pasar más tiempo disfrutando juntos que de ordinario.

Pero llegó 2021 y, cuando parecía que se comenzaba a controlar la pandemia, se inició una secuencia de sucesos, que amenazaban con hacer tambalear la paz familiar. Ahí es donde nuestra frase *¡Qué bien estamos!* cobró más sentido que nunca. Esta frase, es para nosotros una forma de dar gracias a Dios y, también, una expresión de abandono, porque tenemos la plena convicción de que estamos bien porque estamos en las mejores manos, que son las de Dios. Todos sabemos lo que Carlos de Foucauld quiere expresar en la Oración de Abandono, y que es una puerta a la esperanza.



La muerte en enero de Ricardo, abuelo “numeroso”, cuando estábamos nosotros, Ana y Juan Carlos, nuestros nueve hijos afectados por Covid, que nos impide asistir al funeral y pasar esos momentos aislados; el ingreso en febrero de Teresa (2 años), la más pequeña, en pre-UCI por el primer caso diagnosticado en nuestra región (Murcia) de SIMPED (un síndrome inflamatorio post-Covid) que afectó a su corazón; el ingreso en el hospital, en marzo, de Javier (7 años), el séptimo, y su posterior alta sin un diagnóstico; y la intervención de un cáncer de mama a la que es sometida Ana en el mes de abril, nos sirvió para ir preparándonos para recibir el diagnóstico que no tuvimos el día del alta de Javier: Se trataba de una leucemia que dio la cara el 6 de junio de 2021.

De repente, comprobamos que Dios da la Gracia a quien la necesita, y somos capaces de descubrir que toda situación en la vida es una oportunidad para obtener cosas buenas y de las situaciones más duras, cosas espectaculares. Experimentamos cómo el sufrimiento saca lo mejor de las personas: familiares, amigos, compañeros del colegio, personal del hospital... todos dieron lo mejor de sí para hacernos pasar esos momentos de la mejor forma posible. Por ejemplo, al enterarse sus compañeros de clase y sus hermanos de que una de las cosas que más le costaba encajar era la idea de perder el pelo, cuando llegó ese momento, todos ellos se raparon. Pero, sobre todo, miles de personas, no sólo de España, sino de muchos países que, gracias a una cuenta de Instagram, que crearon nuestras tres hijas mayores, @quebienestamos, rezaron por Javier y nuestra familia. Ahí experimentamos el poder de la oración y descubrimos que el sufrimiento es compatible con la alegría, y se puede vivir todo lo que se presenta en la vida sin tragedias ni pesimismo, cuando vives cerca de Dios. Nuestra esperanza se vio fortalecida por la capacidad de solidaridad de mucha gente que no conocíamos.

Cuando tuvimos que explicar a Javier por todo lo que habría de pasar, sin ocultar nada, fue una oportunidad para hablarle del sentido cristiano del sufrimiento. Somos

supernumerarios de la Obra y nuestra fe en Jesús no se reduce a prácticas personales de oración: Jesús nos llama a hacer su vida presente en cada uno de nosotros, en lo bueno y en lo malo. Le pedimos a Javier que pensara muy bien por quién quería ofrecerlo todo, porque lo que se le venía encima iba a ser durísimo y el Señor haría maravillas con tanto sufrimiento ofrecido. No necesitó pensarlo mucho tiempo, tenía claro que quería ofrecer su enfermedad por la curación de su prima Lucía (con un tumor cerebral). También le propusimos ofrecerlo por los sacerdotes y las vocaciones sacerdotales, y así lo hizo desde el primer día.



La enfermedad de Javier no sólo ha sido una catequesis para él, sino también para sus hermanos; han descubierto cómo Dios no quiere nuestro sufrimiento, sino que lo permite, del mismo modo que permitió el de su Hijo, para lograr que se realicen cosas maravillosas: algunas de ellas no las veremos hasta llegar al Cielo. Y también para nosotros que, aunque sin parar de rezar para que respondiera al tratamiento, en todo momento hemos tenido claro que, si no se cumplían nuestras peticiones, nada hubiera salido mal, porque algo que hemos inculcado en nuestros hijos, desde pequeños, es que nuestra meta es el Cielo, nuestra esperanza es compartir la alegría de Dios, que se alegra con todos sus hijos cuando están en casa.

Esto lo vimos reflejado en el resto de nuestros hijos, que estuvieron solos en el hogar, los mayores a cargo de los pequeños, las primeras semanas en las que estuvimos en el hospital sin separarnos de Javier; hicieron una relación de normas, entre las que nos llamó particularmente la atención la primera de ellas: “Se puede llorar, pero nunca solos”. El objetivo era estar juntos y apoyarse unos a otros.



Gracias a Dios, a día de hoy, Javier está bien, ha finalizado el tratamiento. Ana, tras la intervención del cáncer, no precisó quimioterapia y, hasta ahora, los resultados de las revisiones posteriores no han podido ser mejores. Y Teresa recibió el alta definitiva, sin secuelas.

El sufrimiento de Javier nos ha unido más a Dios y entre nosotros.

“Qué bien estamos” no es una frase bonita, ni un *leitmotiv* para sortear las aristas del destino, sino la expresión de una fe y una esperanza que siempre hemos pedido y que Dios nos ha regalado.

**Familia MARTINEZ-URDIALES:
Ana & Juan Carlos
Araceli, Ana, María, Juan Carlos, Ignacio, Ricardo, Javier, Álvaro y Teresa**